tiro, delicioso el ayuno, delicioso el silencio, delicioso el trabajo, delicioso el coro, delicioso todo. Y si por efecto de la humana fragilidad alguna vez hallaseis repugnancia en alguna de estas cosas, levantad la mirada al cielo, y pensad en aquel dichoso dia en que vuestro Esposo, satisfecho de vuestro amor y fidelidad, os llamará del trabajo al descanso, del destierro á la patria, de la tierra al paraíso; y este pensamiento os alentará á proseguir en la virtud, á progresar en la perfeccion, hasta que llegueis á aquel monte santo de la gloria. Amen.

LA VIRGEN EN SUS SANTUARIOS.

DISCURSO ÚNICO.

La Vírgen tiene establecido en ellos su trono, que lo es de misericordia.

Praeparabitur in misericordia solium,
et sedebit super illud. (*Isai.* XVI, 5).

Si hemos de juzgar por lo que aparece á la vista, preciso será convenir en que el pueblo español ha sido, ya que de presente no lo sea, sumamente devoto de María santísima, y en que ha dado pruebas las más relevantes de devocion sólida, cordial y generosa. Estas pruebas subsisten todavía, y para verlas no se necesita más que tender la vista por nuestra España. ¿Hay monte de mediana elevacion en cuya cumbre la santísima Vírgen no tenga un santuario dedicado á su nombre? ¿hay pueblo de alguna importancia en el que no cuente con alguna capilla erigida en honor suyo? ¿En qué punto de la Península podríamos situarnos, desde el cual no descubriésemos dos ó tres capillas de esta clase? Diríase que ha habido época en que las provincias españolas estaban entre sí en generosa competencia sobre cuál habia de ser la que más templos erigiera á la gran Reina del universo: diríase que hubo tiempos en que nuestros mayores cifraban su principal gloria en levantar muchas iglesias á la purísima Madre de Jesucristo, así como nosotros hacemos consistir gran parte de nuestra ilustracion en levantar á la impúdica Vénus muchos teatros y salas de baile.

Pero en medio de esa multitud de santuarios que la piedad española tiene consagrados al culto de María santísima, y en los que esta bendita Reina recibe obsequios tan frecuentes como devotos, uno hay que por la belleza del sitio que ocupa, por la elegante forma que tiene, por las muchas preciosidades que encierra, por la multitud de personas que lo visita, y aun más por las abundantísimas gracias que la Madre de Dios en él dispensa, ocupa un lugar preferente entre los demas; y ya que no sea el primero de todos, es indudablemente uno de los primeros. Ya adivinais que el santuario á que me refiero es precisamente el en que hoy nos hallamos reunidos.

En efecto, aquí es donde la gran Reina del cielo tiene establecido su trono de misericordia, para llenar de gracias y bendiciones á los que vienen á pedírselas: *Praeparabitur in misericordia solium, et sedebit super illud.* Aquí es donde especialmente la Madre de misericordia tiene abiertos sus ojos y atentas sus orejas á la oracion de aquellos que la invocan en este lugar: *Oculi..... mei erunt aperti, et aures meae erectae ad orationem ejus, qui in loco isto oraverit.* (1) Aquí es donde quien pide, recibe; quien busca, halla; quien llama, obtiene favorable acogida; porque la santísima Vírgen ha elegido este santuario para teatro de sus beneficencias y larguezas. ¿Lo dudais? oidme con atencion, que confio demostrarlo hasta la evidencia.

Quiero creer que en vista de que la gran Reina del cielo tiene establecido en este santuario su trono de misericordia, sereis bastante cristianos para honrarla con una devocion sólida y afectuosa, bastante prudentes para tener en ella una confianza absoluta y sin límites, y bastante piadosos para hacerla, despues de Dios y Nuestro Señor Jesucristo, el principal objeto de vuestro amor, de vuestra veneracion y de vuestros obsequios. Quiero creer ademas que, impulsados de vuestra devocion, vendreis algunas veces aquí, no tanto para holgar y divertiros, como lo hacen algunos, cuanto para honrar á María santísima con algunas devotas visitas; no sabiendo persuadirme seais descorteses con ella hasta el punto de dejar de visitarla por descuido, por pereza, ó, lo que aun seria más condenable, por poca piedad y religion. Si así lo haceis, si venís aquí á honrarla, asegúroos que no serán perdidos vuestros pasos, y podreis tener por bien empleadas cualesquiera molestias que por ello hayais de sufrir; pues la santísima Vírgen, agradecida, os pagará abundantemente el obsequio, enviándoos á vuestras casas ricos de gracia y bendiciones.

1 II Par. VII, 15.

¿Decís que no? Preguntadlo, si os place, á cuantos han venido á implorar su misericordia con espíritu verdaderamente religioso, y ellos os lo dirán: *Interroga patrem tuum, et annuntiabit tibi; majores tuos, et dicent tibi.* (1) Si yo pudiese mostraros, como quien señala con el dedo las líneas tiradas sobre el mapa, todas las gracias que esta bendita reina ha concedido, todas las lágrimas que ha enjugado, todos los males á que ha puesto remedio, todos los peligros que ha hecho desaparecer, todos los negocios que ha llevado á buen término, sin duda tendrias en ella más fe y más confianza. Algo os dicen esa multitud de dádivas que adornan su imágen, esa multitud de *exvotos* que cuelgan de su altar, esa multitud de preciosidades artísticas que embellecen su templo; pero ¿creeis que os lo dicen todo? ¿Pensais que, fuera de los beneficios que estos monumentos recuerdan y atestiguan, María santísima no ha hecho otros? ¿Cuántos y cuántos ha hecho que tan solo lo saben los

1 Deut. XXXII, 7.

mismos que los recibieron! ¡cuántos y cuántos que ni los mismos que los recibieron han llegado á conocerlos!

¡Quién me diese que estuvieseis aquí presentes en alguno de esos dias entre semana en que el santuario está casi desierto por no haber en él más que algunas personas afligidas venidas al solo objeto de desahogar á los piés de esa Reina bondadosísima sus corazones oprimidos, y pedirle un remedio para los acerbos males que las aquejan! ¡Qué espectáculos tan tiernos al par que devotos presenciariais! Aquí veriais arrodillada á una jóven que, si no fuese por el suave movimiento de sus labios y por dos hermosas lágrimas que corren por su rostro, diriais que es una estátua colocada aquí al solo intento de inspirar devocion. ¿Sabeis quién es? es una desconsolada doncella que, habiendo perdido á su cara y dulce madre, madre que era á un tiempo su amparo, su guía y su consejera, ha venido de léjos á suplicar á la santísima Vírgen se compadezca de su orfandad y la tome bajo su especial proteccion. Ora la afligida criatura, y ora con fervor tal que, al paso que va adelantando en la oracion, va desapareciendo tambien el nublado de tristeza que cubria su frente, hasta quedar del todo alegre y serena. Y es que la santísima Vírgen le ha hablado al corazon y le ha dicho, que no tema, que se vuelva tranquila á su casa, porque ella será en adelante su Madre, su consejera y su guía.

Aquí veriais á una pobre mujer que, rodeada de tres ó cuatro hijos, ruega y los excita á ellos á rogar tambien. Tiene los ojos fijos en la santa Imágen, las manos levantadas hácia ella en ademan de querer abrazarla, miéntras sus labios pronuncian por lo bajo una ferviente deprecacion interrumpida de vez en cuando por un doloroso y profundo suspiro. ¿Adivinais quién es? es una infeliz viuda que, habiendo perdido poco há á su caro esposo, y devorando en secreto todas las amarguras de su

reciente viudez, ha venido con sus hijuelos, tristes compañeros de su desgracia, á ponerse bajo el amparo de María. Ora la atribulada mujer, y ora con tal confianza que, acabada la oracion, se levanta animosa, y tomando de la mano á sus tiernos y llorosos hijos, les dice: Hijos mios, confiemos que la santísima Vírgen no nos desamparará; ella será nuestro consuelo y nuestra ayuda.

Aquí veriais á un anciano decrépito que, fatigado por el camino, y aun más por el gran peso de los años, tiene que apoyarse fuertemente sobre su báculo para poder arrodillarse ante la sagrada Imágen. Levanta hácia ella sus trémulas manos, comienza una plegaria que apénas acierta á balbucear, notándose que sus ojos, no obstante el tenerlos del todo amortiguados; van humedeciéndose por grados, hasta verter al fin lágrimas á raudales. ¿Sabriais decirme quién es? es un jefe de familia que, viendo ya cercana su muerte, y conjeturando que no ha de serle posible volver más á este santuario, ha hecho un esfuerzo supremo para venir á hacer su última visita á la Madre de Dios, á fin de pedirle dos cosas: que no le desampare á él en el trance de su muerte, y que siga siendo la protectora de la numerosa familia que tiene, y pronto va á dejar. Ora el piadoso anciano, y ora con humildad tal que á la mitad de la oracion se siente ya del todo reanimado; porque parécele haber oido en su interior una voz dulce que le dijo: Contigo estaré cuando mueras, y no olvidaré á los que dejes en este mundo.

Aquí veriais.... pero ¿es acaso posible relatar una por una todas las interesantísimas escenas que diariamente tienen lugar en este sagrado recinto? Contentaos con que os diga en general, que todos cuantos vienen aquí á buscar alguna gracia, la hallan; y todos cuantos comparecen á pedir algun alivio, lo ob-

tienen; siempre que vengan y acudan de un modo conveniente. No hay uno que se levante desconsalado de los piés de esta bendita Reina, uno que pueda decir con verdad: Acudí, como debe acudirse, á la Madre de Dios, y no quiso favorecerme. Tentados, aquí vienen muchos á buscar fuerzas, y las encuentran: dudosos, aquí comparecen no pocos á implorar luces, y las consiguen: desconsolados, aquí se presentan infinitos á pedir alivio, y lo logran. Aquí se conjuran las tempestades del corazon, aquí se mitigan las penas del alma, aquí se amansan las pasiones de la carne, aquí, en fin, se obtiene gracia para triunfar de sí mismo, para vencer la tentacion, para salir del pecado, dominar el vicio, perseverar en la virtud, obtener la corona eterna.

Pero ¿qué digo *aquí?* ¿por ventura se limita á este lugar la bondad y munificencia de María? No, que se extiende por toda la tierra, por todos los mares, por todos los puntos del globo donde se invoca su dulce y poderosísimo nombre. Donde quiera que haya un peligro, donde quiera que ocurra un desastre, donde quiera que se presente una necesidad, con tal que se invoque debidamente á esta Madre de misericordia, héos la proteccion, héos el socorro, héos el remedio. Invóquela el navegante que, combatido de horrorosa tormenta, está ya á punto de naufragar: invóquela confiadamente diciendo: *Veniant mihi miserationes tuae, et vivam:* Vengan á mí ¡oh Madre! vuestras misericordias, y no pereceré; y pronto oirá la voz de esta Madre dulcísima que le responde: Aquí estoy para socorrerte, pues que me has llamado: *Ecce adsum, vocasti enim me.* Invóquela el tentado que, puesto en ocasion próxima de ofender á Dios, apénas sabe cómo salir del mal paso; invóquela humildemente diciéndole: *Veniant mihi miserationes tuae, et vivam:* Vengan á mí ¡oh María! vuestras misericordias, y no

pecaré; y luego oirá la voz de esta clementísima Reina que le contesta: Aquí me tienes para ayudarte, pues que me has invocado: *Ecce adsum, vocasti enim me.* Invóquela el jóven que ya no acierta á librarse de sus vicios, porque, indiscreto, se ha abandonado á ellos sin retentiva ni excepcion: invóquela la doncella que ya no atina cómo podrá evadir sus compromisos, porque, imprudente, ha contraido relaciones que no debiera contraer: invóquela el anciano que ya no ve cómo ha de dominar sus malos hábitos, porque, terco, no quiso hacerlo cuando era tiempo; invóquela fervorosamente diciendo: *Veniant mihi miserationes tuae, et vivam:* Vengan á mí ¡oh Reina! vuestras misericordias, y no me perderé; y sin dilacion oirá la voz de esta poderosísima Vírgen que le responde: Aquí estoy para darte auxilio, pues que me lo pediste: *Ecce adsum, vocasti enim me.*

¡Oh! habrá tal vez quien diga, en esto debe de haber mucho de exageracion, porque la experiencia enseña que no todos los que la invocan son oidos, como ni tampoco reportan fruto de sus visitas todos los que vienen á visitarla.—¿Y no atinais ya en qué consiste esto? pues menester será que yo os lo diga. Consiste, en primer lugar, en el modo poco cristiano con que las tales visitas se le hacen. ¿Puede ella recompensar unas visitas que más se le hacen por huelga y diversion que por deseo de honrarla, y ménos por darle culto que por pasearse y bromear? ¿puede ella dispensar sus favores á unos cristianos que, convirtiendo en licencia y en desórden lo que de sí y por su institucion es un acto de religion y piedad, vienen á su santuario en romería por el mismo estilo que las caravanas turcas van á la Meca, es decir, dándose á la disipacion, á la glotonería y tal vez á otros excesos de peor género? ¿puede ella agra-

decer la visita de unos devotos que, llegados aquí, pierden las horas en comer, reir y chancearse, sin apénas entrar en la iglesia para rezarle devotamente tres *Ave Marías?* Si esto es escandaloso, abominable, y más propio de herejes que de católicos, ¿cómo se quiere que ella lo bendiga y lo remunere?

Consiste, en segundo lugar, en la clase de beneficios que se le piden. ¿Qué es lo que algunos vienen á implorar de la dignísima Madre de Dios? ¿es la gracia de salir del pecado? ¿es la de vencer alguna tentacion? ¿es la de observar puntualmente la divina ley? ¿es la de vivir en amistad de Dios y morir en su santo amor? ¡Ah! por cada cien plegarias que algunos le hacen, tal vez no hay una que la hagan con este intento. Gracias temporales, bienes terrenos, nonadas de la vida presente, ved aquí el objeto, el objeto casi único, de tanta visita como le hacen, de tanta súplica como le dirigen, de tanta dádiva como le ofrecen. Es decir, que casi siempre la quieren para las cosas del cuerpo, y casi nunca para las del alma. ¿Y luego nos pasmamos de que se le ruegue inútilmente, de que se la visite sin fruto?

Consiste, en tercer lugar, en el poco ó ningun celo que se tiene por su gloria. Se la deshonra en la tribuna, se la infama en la prensa, se la desacredita en la conversacion, negándosele con descaro, sin ejemplo en nuestra patria, los principales títulos con que el cielo se dignó honrarla, el de Madre verdadera de Dios, el de criatura concebida sin mancha, el de Vírgen purísima y perpétua. Y bien: ¿qué hacen algunos en presencia de estas herejías tan estúpidas como inauditas? ¿qué dicen cuando las oyen predicar desde una tribuna degradada, ó las leen en un periódico asqueroso, ó las escuchan en una tertulia compuesta de ateos y materialistas? ¿Las protestan? ¿las rebaten? ¿las tiran al rostro de sus miserables propagadores? ¡Ah! que

si no las saludan con una carcajada selvática, que es lo más comun, las oyen con indiferencia, y aun dando señales de una especie de aprobacion. ¿Y queremos que esta Reina santísima sea generosa con nosotros, que nos conceda todo cuanto venimos á pedirle? Muy cándidos somos, si tal cosa nos prometemos.

Cuando seamos un poco más celosos de su honor de lo que actualmente somos, cuando le pidamos gracias algo más dignas que las que de presente le pedimos, cuando le hagamos visitas un tanto más devotas que las que ahora le hacemos, entónces, y solo entónces, tendremos derecho á sus gracias y favores; entónces, y solo entónces, podremos experimentar la exactitud de aquel principio de san Bernardo: *Nadie ha recurrido á María santísima sin que haya tocado los efectos de su misericordia y piedad.* Amen.